

Un balance de los movimientos estudiantiles en América Latina: ensayo de aproximación sociohistórica

A Balance of Student Movements in Latin America: A Sociohistorical Essay

Andrés DONOSO ROMO

Universidad de Chile

Instituto de Estudios Avanzados en Educación

Centro de Investigación Avanzada en Educación

andres.donoso@ie.uchile.cl

ORCID: <http://orcid.org/0000-0001-9712-877X>

Resumen

El ensayo presenta un balance de los movimientos estudiantiles en América Latina a partir de los resultados de una investigación sociohistórica de amplio espectro, un ejercicio original en la medida que la literatura especializada ha tendido a concentrarse en el examen de un solo movimiento o caso particular. Para exponer este balance el recorrido argumental se organiza en tres grandes secciones. En la primera se explora el saldo negativo más expresivo que dejan tras de sí los movimientos: la violencia. En la segunda se releva su dimensión positiva más trascendente: el impacto que algunos movimientos generan en el sentido común de la población. En la tercera, a modo de conclusión, se argumenta que es precisamente la masividad de los

Andrés DONOSO ROMO

Un balance de los movimientos estudiantiles en América Latina: ensayo de aproximación sociohistórica

Sur y Tiempo. Revista de Historia de América, Nº10, julio-diciembre 2024, pp. 200-222.

ISSN 2452-574X

DOI: 10.22370/syt.2024.10.4168



movimientos uno de los elementos decisivos para precipitar lo que aquí se entiende como su triunfo cultural.

Palabras clave: Ensayo; Movimientos estudiantiles; América Latina; Aproximación sociohistórica; Balance.

Abstract

The article presents a balance of student movements in Latin America based on the results of a broad historiographic-qualitative study. It is an original balance in that the most numerous types of publication in the specialist literature to date has been an approach to one particular movement. The article falls into three sections: the first explores the violence behind all these movements –its negative balance–; the second reveals the cultural triumph obtained by those that achieve large dimensions –its positive dimension–; and the final section offers some guidelines that can help to perceive that the massiveness of the student movements is the key element for bringing their message home to the common sense of the population.

201

Keywords: Essay; Student Movements; Latin America; Sociohistorical perspective; Balance.

Introducción*

En mayo de 2015, en confusas circunstancias, una sola bala acabó con la vida de dos estudiantes que protestaban en el puerto de Valparaíso: Exequiel Borvarán y Diego Guzmán. A casi diez años de estos hechos el recordar estas muertes todavía desencadena en mí, como probablemente lo hace en muchas personas interesadas en comprender el trasfondo de los movimientos estudiantiles, un sinfín de preguntas

* Se agradece el financiamiento del Proyecto ANID/FONDECYT, Concurso Regular, N°1180506 y del Proyecto Basal FB0003 del Programa de Investigación Asociativa de ANID.

inscritas en las coordenadas comprensivas de René Girard (1983), entre ellas: ¿Qué gana la juventud que despliega toda su energía y su altruismo en protestas por mejoras educacionales si las muertes de manifestantes no son una excepción? ¿En qué medida sus esfuerzos por hacer público su descontento, con costos altísimos como los aludidos, pueden evaluarse como positivos? Inquietudes que se mezclan, a su vez, con interrogantes relativas a la utilidad del conocimiento histórico, por ejemplo: ¿Cuál es el aporte de los estudios sistemáticos sobre estos movimientos si el malestar estudiantil sigue existiendo? ¿Qué aprendemos cómo sociedad si muchas personas recuerdan como si fuera ayer la matanza de manifestantes que se verificó en la capital mexicana el 2 de octubre de 1968 y fue ayer, efectivamente, que decenas de estudiantes de Ayotzinapa –también en México– desaparecieron sin dejar rastro camino a una manifestación?

Como se desprende de las palabras que abren este trabajo, sus propósitos son dos. El primero, y fundamental, es presentar un balance reflexivo de los movimientos estudiantiles en América Latina. Un encuadre argumentativo que contribuya a relevar algunas de las implicancias profundas que tienen estas expresiones de descontento social para el mundo universitario en particular, así como para la sociedad en general. El segundo, más específico, es reflexionar sobre la importancia que posee el conocimiento histórico para acercarse a la comprensión de este fenómeno.

Como en todo ensayo, lo que aquí se busca no es presentar un conjunto de ideas cerrado, definitivo o concluyente, sino proponer un marco comprensivo que contribuya a ponderar un fenómeno que, sin la ayuda de las humanidades y ciencias sociales, es difícil de desentrañar: los movimientos estudiantiles. Este marco, además, debe transparentar la concepción de *Arte Histórica* que se suscribe, es decir, exponer las razones detrás de la gran importancia que se le atribuye al conocimiento histórico en la comprensión de estos movimientos.

En las bases de este escrito se encuentra un estudio sobre los movimientos estudiantiles, actualmente en etapa de divulgación, que apostó por una aproximación interdisciplinaria. Un acercamiento particular que para construir sus comprensiones se valió, por un lado, de la historia de los movimientos estudiantiles en América Latina y, por otro lado, de la sociología de los movimientos sociales. La perspectiva utilizada

se particulariza, aquí, como “sociohistórica”. Ella descansa, en línea con las enseñanzas de Fernand Braudel (2002), Peter Burke (2000) y, más recientemente, Craigh Calhoun (2012), en la presunción de que uno de los caminos más fértiles para tornar comprensible un fenómeno social es situarlo históricamente. Hoy, en América Latina, innumerables especialistas en los movimientos estudiantiles cultivan esta particular identidad interdisciplinaria, entre ellas la alemana/mexicana Renate Marsiske (2018), el argentino Nicolás Dip (2023), el brasileño Breno Bringel (2009), el colombiano Álvaro Acevedo (2020), el mexicano Imanol Ordorika (2022) y la uruguaya Vania Markarian (2020). Este acercamiento cuenta, además, con profundas raíces en la región, las cuales se pueden rastrear, al menos, hasta la obra que el argentino Juan Carlos Portantiero publicó por primera vez en 1978: *Estudiantes y política en América Latina* (Portantiero, 1987). Es en esta tradición intelectual que se inserta esta contribución. Se puntualiza, a su vez, que el sustrato teórico recién expuesto también se nutre, cuando es necesario, de aportes provenientes de trabajos inscritos en otras matrices comprensivas, sobre todo de aquella que anclándose tanto en la sociología como en la ciencia política se particulariza, en honor al título del libro que escribieron dos de sus máximos referentes, Charles Tilly y Sidney Tarrow (2015), como de las “contingencias políticas”. Un acercamiento, este último, que en consonancia con sus principales afluentes disciplinares se dinamiza a partir de horizontes eminentemente (neo)positivistas.

La investigación que está detrás de estas páginas tuvo dos momentos bien marcados: uno preferentemente histórico y otro eminentemente sociológico. En el primero se hizo una descripción exhaustiva de cuatro grandes movimientos estudiantiles: el argentino de 1918, el brasileño de 1968, el mexicano de 1968 y el chileno de 2011. Movimientos que fueron escogidos por las dimensiones nacionales que alcanzaron y por haber sido muy bien estudiados. En esta etapa se buscó, en lo fundamental, determinar las características y particularidades de estos movimientos por medio de su inserción en la historia tanto nacional como latinoamericana. En el segundo se contrastaron estos casos para buscar sus similitudes y, sobre todo, para bosquejar respuestas a preguntas más abstractas del tipo cómo, cuándo y por qué surgen estos fenómenos. El presente escrito, al ofrecer un balance de los movimientos

estudiantiles, forma parte de este segundo momento.

En la base teórico-conceptual del estudio hay dos supuestos claves que conviene explicitar porque permiten que el ensayo se despliegue. El primero, fundamental para toda su primera etapa “descriptiva”, dice relación con que los inicios de la época contemporánea de América Latina se empiezan a verificar desde fines del siglo XIX (Casanova, 1985; Fernández Retamar, 2006; Skidmore y Smith, 1996). Lo que significa, entre otros aspectos, que es desde entonces que comenzaron a operar los procesos, y a conformarse los desafíos, que dan su sello a las sociedades latinoamericanas actuales. Esta presunción es la que hace plausible entender que los movimientos estudiantiles verificados en los albores del siglo XX, entre ellos el argentino de 1918, puedan ser contrastados con los que les sucedieron en las décadas siguientes en distintas partes del continente. El segundo, cardinal para la etapa “analítica” de la investigación, refiere a que son las matrices epistemológicas constructivistas, humanistas o hermenéuticas las más apropiadas para comprender un fenómeno social (Della Porta y Keating, 2013: 36). Es con ellas, con su mandato de buscar significados, de apostar por la exploración y de defender el carácter históricamente situado de la verdad, que se construyen las reflexiones y análisis que se presentan en estas páginas.

Las técnicas que dieron consistencia a la investigación fueron varias: se revisaron las principales fuentes primarias sobre los movimientos en cuestión (manifiestos, petitorios, discursos, entre otras), se estudiaron las fuentes secundarias más autorizadas sobre la materia (artículos, tesis y libros fundamentalmente) y se entrevistaron en profundidad a decenas de especialistas de toda América Latina (tanto del campo de la historia como de la sociología). Aquí no se exponen los análisis pormenorizados de este vasto corpus documental, pues esto excedería largamente el espacio que se dispone, pero sí se podrán encontrar algunas alusiones puntuales a estos materiales, principalmente de las fuentes secundarias, sobre todo cuando su mención ayude a ilustrar la línea de argumentación trabajada.

Para evitar confusiones se insiste en algunas precisiones que fueron esbozadas al pasar: el ensayo no busca describir exhaustivamente los movimientos estudiantiles que están en la base de la investigación, ni tampoco contrastarlos; tampoco pretende

discutir la perspectiva sociohistórica que asume el escrito, ni defender una posible superioridad explicativa frente a otros encuadres; así como no procura profundizar en el marco metodológico escogido o sistematizar la información obtenida con las diferentes técnicas utilizadas. ¿Por qué? Porque todas estas tareas ya fueron abordadas en el transcurso de la investigación y sus resultados fueron difundidos en las cerca de quince publicaciones que posee el estudio. Con otras palabras, este no es un artículo descriptivo, teórico o metodológico, tampoco es un artículo “tradicional”, sino un ensayo donde, valga la redundancia, se ensaya una mirada integradora que ayude a comprender un fenómeno complejo (Rojo, 2014: 83). Y en este caso dicho fenómeno complejo son los movimientos estudiantiles en América Latina, más ajustadamente los perjuicios y los beneficios que ellos legado, y más particularmente aún, el perjuicio y el beneficio que se juzga como principal: la violencia que los atraviesa y el impacto que provocan en el sentido común respectivamente. He ahí su valía.

Para desplegar este balance las dos primeras secciones se destinan a explorar, precisamente, estos dos legados más trascendentes de los movimientos estudiantiles: la violencia que los envuelve y el impacto dinamizador que generan en el sentido común. La tercera sección, a modo de conclusión, presenta una evaluación integral de lo que ha sido el accionar estudiantil junto a una reflexión sobre la importancia de la historia en la comprensión de este fenómeno.

1. Los caminos de la violencia

En 1920 murió encarcelado el estudiante chileno José Domingo Gómez Rojas, activo participante de las protestas estudiantiles que ese año se levantaron para denunciar que las elites empujaban al país a una guerra insensata con sus vecinos del norte (Moraga, 2007: 263-279). Esta muerte se verificó en un momento de América Latina donde la combinación “violencia y nacionalismo” se utilizaba cada vez con mayor frecuencia entre quienes, precisamente, entendían que para resguardar los destinos de la nación era necesario el uso de la fuerza. El estudiantado universitario chileno de principios del siglo XX, en sintonía con una parte importante de sus pares

latinoamericanos, intentó neutralizar esa asociación “violencia para proteger a la nación” con la fórmula: “junto a los países vecinos formamos parte de la misma nación, la Patria Grande, por lo tanto, no cabe la violencia”. Un entendimiento, este último, que se propagaba entre la juventud estudiosa gracias a múltiples mecanismos, entre ellos los encuentros estudiantiles internacionales como los realizados en Montevideo en 1908 o en Ciudad de México en 1921 (Biagini, 2006; Garcé y Milanesi, 2021). Aunque la guerra, por suerte, no se verificó, la vida de José Domingo se perdió para siempre. ¿Fue el primer mártir de un movimiento estudiantil en América Latina? Probablemente. Donde no debería haber espacio para dudas es en la evaluación de que su muerte no fue un accidente.

La violencia, aunque a primera vista a veces cueste percibirlo, es parte constitutiva de todo movimiento social. Trabajos clásicos como los de Sidney Tarrow (1997), o más recientes como los de Paul Almeida (2019), reparan en que las protestas, los movimientos sociales y las guerras civiles solo poseen diferencias de grado en lo que al uso de la violencia se refiere. Los movimientos estudiantiles, por lo tanto, no son ajenos a esta evaluación. Por medio de paros de actividades, tomas de establecimientos educacionales, concentraciones masivas, marchas multitudinarias, en fin, a partir del amplio repertorio de protestas que utiliza el estudiantado, se busca perturbar el diario vivir de la población, “violentarla”, para llamar la atención hacia un problema que hasta entonces no ha podido ser resuelto por vías institucionales. Lo mismo, pero, con otras palabras, el rayar murallas, el tumbar estatuas o el levantar barricadas son solo algunas de las expresiones más visibles de la dimensión perturbadora de todo movimiento estudiantil. Son protestas que persiguen, en último término, presionar a las autoridades para que tomen cartas en el asunto porque, si no lo hacen, estas acciones disruptivas podrían repetirse y, más grave aún, podrían incrementarse hasta escapar de todo control (González y Schwartz, 2019: 114). Esa es la amenaza latente de todo movimiento social. Esa amenaza es la que explica que los movimientos estudiantiles convoquen insistentemente a sus simpatizantes, y a la ciudadanía en su expresión más amplia, a manifestarse. Lo hacen, en lo fundamental, para incrementar al máximo su potencial de disuasión. Uno de los ejemplos más elocuentes, en este sentido, parece provenir del movimiento estudiantil mexicano de

1968 y su consigna: “¡Únete pueblo!” (Díaz, 2012: 186-202).

Del lado de quienes antagonizan con los movimientos la violencia también está a la orden del día. Las autoridades universitarias, también las gubernamentales, utilizan distintos mecanismos para neutralizar a los movimientos estudiantiles, entre ellos: las amenazas de expulsar de los establecimientos educacionales a quienes se involucren en los movimientos, las advertencias de acabar anticipadamente el año escolar –con la consecuente merma en la calidad de la preparación que recibe el estudiantado–, o los chantajes que aluden a disminuir los recursos públicos destinados a la educación superior. Con estas intimidaciones se buscaría, en lo fundamental, desalentar las movilizaciones por la vía de enrostrarle al estudiantado que cualquier conquista solo la conseguirá a un precio muy alto: su propio bienestar (Tilly y Tarrow, 2015: 37-38). Sin embargo, como se puede apreciar acertadamente en la literatura especializada, detrás del activismo estudiantil existe un marcado altruismo. Todos los grandes movimientos estudiantiles de América Latina, al menos los cuatro grandes que están en los cimientos de esta reflexión, han agitado la bandera del sacrificio, es decir, de lo dispuesta que está la juventud movilizadora a postergar sus legítimos intereses en pro de triunfos duraderos que beneficien a toda la sociedad. Por esto es que algunas de las exigencias que más se repiten, desde 1918 hasta nuestros días, aluden a que la universidad deje de ser solo para minorías privilegiadas o, lo que para el caso es lo mismo, que se expanda cada vez más el radio de quienes pueden disfrutarla (Altbach, 1989; Cejudo, 2019; Donoso, 2023).

Pero quienes antagonizan con los movimientos no solo se valen de medidas académicas, universitarias o financieras para desalentar al estudiantado movilizadora. Cuando los movimientos estudiantiles logran convocar a más adherentes, es decir, cuando crecen, las medidas disuasivas toman otro cariz, pues se judicializan los conflictos y, al mismo tiempo, aparece el uso desproporcionado de la fuerza policial, militar y/o paramilitar. Es por esto que las detenciones arbitrarias, las golpizas indiscriminadas y otras medidas que intentan conservar una fachada de legalidad se mezclan, frecuentemente, con secuestros, desapariciones e, inclusive, ejecuciones (Reina, 2020: 253-261). Todas estas acciones se tienden a realizar con mucha visibilidad, para que toda persona atenta a las movilizaciones las conozca, y se tienden

a rodear de un cierto halo de indeterminación para proteger a quienes las perpetran y para amplificar su impacto inhibitor entre adherentes y manifestantes. Detrás de estas coacciones se ubica la comprensión, compartida también por la juventud movilizada, que en cualquier momento el movimiento se podría salir de control y, por lo mismo, no se deben escatimar esfuerzos a la hora de acallarlos (Pensado, 2013; Ortiz, 2017; Della Porta y Diani, 2015). Es precisamente con base en este razonamiento que se asume que la muerte de José Domingo Gómez Rojas no fue un error. Fue, todo invita a pensar, una señal de amedrentamiento.

Como en un juego de espejos, en tanto, manifestantes y antagonistas se culpan mutuamente respecto a quien inició la violencia o quien sería su culpable. “Que aquí no se empezó el conflicto” o “que aquí se condena la violencia venga de donde venga”, son algunas de las expresiones de curso común que se pueden escuchar en boca de quienes se alinean a favor o en contra de los movimientos. Este tipo de expresiones que intercala, por lo general, con alocuciones donde se asegura que quien habla, y su grupo, siempre han estado a favor del diálogo. La obra de Maria Ribeiro do Valle, *1968 el diálogo es la violencia*, es una de las que mejor aborda este asunto. Ahí, al estudiar al movimiento estudiantil brasileño de 1968, la autora describe cómo la tensión entre amenaza y persuasión se llevó a tal extremo que cuando la Unión Nacional de Estudiantes desarrollaba su trigésimo congreso anual, en una localidad rural del Estado de San Pablo, el ejército irrumpió con todo su poderío para apresar a sus cerca de mil participantes (Ribeiro do Valle, 2010: 237). Si tomar detenidos a un grupo de estudiantes por el solo hecho de congregarse parece ser un despropósito, más aún lo sería hacerlo con efectivos militares en vez de policiales. Tan real era la amenaza que percibían las autoridades brasileñas que, inclusive, hubo soldados que escribieron su testamento caso no volvieran de esta “peligrosa” misión. Ellos asumían, sin más, que iban a una guerra.

En el Brasil de 1968, inserto como se encontraba en medio de una dictadura, una parte de la prensa, de las fuerzas del orden y del movimiento estudiantil, quería que se entendiera que los tiempos que se vivían eran el preámbulo de un gran alzamiento guerrillero. Mientras que la visión de la prensa y de los uniformados se puede predecir más fácilmente, en la medida que los primeros la deben haber

fomentado para alimentar un rentable sensacionalismo y los segundos para realzar la importancia de su labor (Reis: 2014: 69), para las facciones estudiantiles la explicación merece una vuelta un poco más demorada.

Una parte del estudiantado brasileño entendía, en línea con las perspectivas “guevaristas” que proliferaron en la región luego del triunfo de la Revolución Cubana, que cualquier cambio sustantivo en el ámbito educacional solo se precipitaría después de una transformación radical de la sociedad. Esta comprensión la complementaban, a su vez, con el entendimiento de que esa revolución solo se desplegaría luego de derrotar a quienes defendían el orden establecido en un enfrentamiento armado. Las facciones que defendían estos postulados eran, a su vez, las mismas que sostenían que cuanto más duras se volvieran las condiciones de vida para la población, más gente se sumaría a las acciones en contra de la dictadura. Cabe precisar, además, que el estudiantado que asumía con más vehemencia este posicionamiento era el mismo que tenía, por lo general, “doble militancia”, es decir, que además de participar en el movimiento estudiantil formaba parte, también, de alguna organización política que para conseguir sus objetivos privilegiaba el uso de la fuerza (Martins Filho, 1987: 185).

Con todo, por mucho que hayan existido sectores estudiantiles que promovieran la lucha insurreccional, como esa parte de la dirigencia brasileña de fines de la década de 1960 recién descrita o como la Federación de Estudiantes de la Universidad de Sinaloa en el México de principios de la década de 1970, guerrilla y movimiento estudiantil nunca han sido lo mismo (Groppo, 2005; Sánchez, 2012). En los movimientos estudiantiles la agenda universitaria o educacional tiene un lugar central –independientemente de que ella pueda traslaparse con demandas de corte político como en Brasil o México en 1968–, mientras en los guerrilleros predomina, sin contrapeso, lo político-militar. En línea con las comprensiones de Tarrow y Almeida comentadas al inicio de la sección se subraya que ambos movimientos, el guerrillero y el estudiantil, dan cuenta de conflictos, pero la percepción sobre su profundidad, y los medios para abordarlos, son cualitativamente diferentes. No se deben confundir las amenazas de descontrol latentes en las expresiones de fuerza que despliegan los movimientos estudiantiles –en las marchas, tomas, concentraciones o huelgas– con la lucha armada. Si bien es cierto que la violencia, sea ejercida por

manifestantes o por antagonistas, tiende a eclipsarlo todo, pues polariza e invita a tomar posición por uno de los bandos, también es cierto que los movimientos sociales nunca apelan a un enfrentamiento armado para dirimir los conflictos, como sí lo hacen los grupos guerrilleros.

Así como los movimientos estudiantiles son notoriamente distintos a las luchas armadas, también son mucho más que violencia. Incluso el movimiento estudiantil mexicano de 1968, uno de los más golpeados por la represión, trasciende con creces lo que fue la masacre que ese 2 de octubre selló su suerte (Del Castillo Troncoso, 2012; Rivas, 2007). Es más, si el análisis se quedara solo en el plano de la violencia los movimientos no serían más que un estruendoso fracaso, puesto que, después de todo, ellos no pueden ser más violentos que quien detenta el uso legítimo de la coerción: el Estado. Por esto su evaluación, aunque debe considerar la violencia, también debe contemplar otros planos, más puntualmente aquellos donde los movimientos estudiantiles siempre quieren impactar: el educacional y/o cultural (Donoso, 2020). Ahí es donde se puede apreciar, en último término, los desdoblamientos más trascendentes que poseen este tipo de fenómenos.

210

2. El triunfo cultural

Los movimientos estudiantiles, así lo refrendan distintas fuentes, pueden juzgarse de múltiples maneras al mismo tiempo (Disi, 2019: 5). Son, por ejemplo, una valiosa escuela de ciudadanía para sus participantes, pues les enseña tanto a problematizar la realidad como a involucrarse en aquellos ámbitos de lo social que les competen. Son, asimismo, el peldaño inicial en la carrera política de infinidad de dirigentes de nivel nacional, pues les instruye en las artes de la conducción y la negociación. Y son, simultáneamente, una vía mediante la cual muchas personas conquistan beneficios tangibles en el plano educacional, pues consiguen que se mejoren las condiciones docentes, que se perfeccionen los mecanismos de financiamiento educacional o que se incrementen las ayudas estatales al estudiantado. Beneficios que, aunque nunca dejan plenamente contentos a todos los actores movilizadas, al menos por un tiempo logran conjurar los conflictos.

Respecto a las salidas utilizadas para destrabar los problemas que yacen detrás de los movimientos, se puntualiza que ellas son una mezcla entre continuidad y cambio. El movimiento argentino de 1918 ilustra bien esta aseveración, pues ahí se consiguió que las políticas que desde principios del siglo XX se venían implementando en la Universidad de Buenos Aires –para organizar el gobierno de la institución– se extendieran al resto de las universidades del país, modernizándolas (Buchbinder, 2010: 79-102), y ahí también se logró introducir elementos novedosos que dicen relación, en lo fundamental, con la profundidad que adquirió la participación estudiantil. Esto último porque, pese a que en Argentina y otros países de América Latina se venía verificando una tendencia a que los asuntos universitarios comenzaran a ser decididos preferentemente por personas ligadas al mundo de la educación superior, el énfasis que ahí se le imprimió a la participación estudiantil fue tan protagónico que hasta la actualidad se le recuerda como una de las marcas características de dicho movimiento (Portantiero, 1987: 16-54).

Otro ejemplo que refrenda esta conjunción entre continuidad y originalidad en los resultados obtenidos por los movimientos estudiantiles, se constata al advertir que el movimiento chileno de 2011 no solo se levantó, como lo hizo también la juventud argentina de principios del siglo XX, para exigir participación estudiantil en los gobiernos universitarios, también se inmiscuyó en las discusiones que desde hacía varias décadas se venían dando en el país con el fin de exigir que se pusiera fin al lucro en la educación superior (Mayol, 2012: 83). Si el movimiento no hubiera tenido la fuerza que tuvo quizá todavía hoy se estaría discutiendo, como sugería un informe liderado por el Banco Mundial que se publicó poco antes del movimiento, sobre lo deseable que era transparentar el lucro en las universidades (OCDE y BM, 2009: 179). Pero lo cierto es que después del movimiento de 2011 prácticamente nadie se ha atrevido a defender lo conveniente que sería el lucro en este tipo de actividades. Ese fue, como lo identificó tempranamente quien fuera una de sus principales dirigentes del movimiento, Camila Vallejo (2012: 102-119), uno de sus grandes logros, un triunfo cultural.

Incontables analistas, al meditar sobre las conquistas del movimiento estudiantil que investigan, dan cuenta que ellos han conseguido visibilizar problemas

en la esfera pública que hasta antes del movimiento no se evaluaban como tales. Lo cual ha empujado a las autoridades pertinentes a darle prioridad a su solución y, concomitantemente, a resquebrajar la unanimidad de los discursos oficiales. Es gracias a esto último que los movimientos han hecho posible que se posicionen perspectivas sobre dichos asuntos que hasta entonces estaban invisibilizadas o subvaloradas. Ese ha sido su triunfo cultural. Incluso en los gobiernos que han tenido un sello más autoritario, como los que imperaban en Brasil o México en 1968, se conquistó ese objetivo: impactar en el sentido común de la población. Una expresión, sentido común, que aquí se entiende como lo hace Fernando Atria (2014), a saber, como ese conjunto de ideas que la mayoría de la población asume como innegablemente cierto y que, por lo mismo, no se estima necesario definir, ni menos aún defender.

Es por esto que los movimientos estudiantiles han sido tan importantes, porque al cuestionar eficazmente el sentido común de la población terminan funcionando como un “abrelatas” cultural o, mejor, como polos aglutinadores de personas disconformes que dinamizan, en último término, múltiples reflexiones. Son movimientos, en el sentido más literal de la palabra, porque al insistir en la necesidad de que la universidad no siga operando como lo venía haciendo, consiguen que se haga un alto en el camino para que se atiendan tanto sus falencias como sus constricciones. Son un triunfo, sin más, porque obligan a las distintas instituciones y autoridades que detentan el poder político a definirse, a explicitar sus lógicas, a justificarse y, en último término, a defenderse (Melucci, 1999: 11, 104 y 165).

Aun cuando todos los movimientos sociales comparten esta capacidad de impugnar el sentido común, todo parece indicar que son los movimientos estudiantiles los que lo harían con más vehemencia. Una aseveración que se apoya en la constatación de que ellos, además de tener su foco en asuntos estrictamente culturales (como lo es la misma educación), son protagonizados preferentemente por un segmento de la población que en su afán de querer entender las lógicas que organizan la vida en sociedad, para así poder integrarse de la mejor manera posible a la adultez, es más sensible a sus contradicciones e inconsistencias: la juventud (Menegozzo, 2017: 20-22). Esta cualidad se incrementa entre el estudiantado universitario en la medida que en las instituciones de educación superior comparten personas con esa misma

sensibilidad, se potencia aún más entre quienes se forman en carreras sociales porque se tienden a empapar del espíritu crítico que da su sello a estas disciplinas, y se amplifica, todavía más, entre ese estudiantado que es primera generación de sus familias en la universidad debido a que tienden a tener una mirada más prístina, más desprejuiciada y, muchas veces, más cuestionadora (Gill y DeFronzo, 2009; Klemenčič, 2004).

¿Cómo logran, los movimientos estudiantiles, remecer el sentido común de la población? Aunque existen, prácticamente, tantas respuestas como analistas, lo que se quiere subrayar, en línea con la trama argumental expuesta, es que una dimensión relevante de todo movimiento es la lucha cultural: esa batalla por imponer los propios significados a los significantes conocidos o por instalar nuevas palabras que comuniquen la forma de entender la realidad que postulan quienes se manifiestan (Gentili, 2008: 39-43). Todos los movimientos participan de esta pugna “semántica”. Conceptos como “universidad” o “autonomía”, junto a nociones como “reforma universitaria” o “la función social de la universidad”, son algunas de las nociones que se han disputado en los grandes movimientos estudiantiles que ha conocido América Latina. Para inclinar esta lucha simbólica a su favor, para dar a conocer sus comprensiones, el estudiantado utiliza los distintos medios de comunicación de que dispone, entre ellos los volantes, los periódicos y, más recientemente, las “redes sociales” (Bacallao-Pino, 2018; Bülow, 2018; Cabalin, 2014). Muy recordado, tanto por su derroche de energía como de originalidad, fue el trabajo de sensibilización que el estudiantado mexicano realizó en 1968. Esto porque junto a las “pintas” de consignas en autobuses, murallas y azoteas, a la incesante socialización a viva voz que realizaban las brigadas estudiantiles y a las decenas de miles de ejemplares que se imprimían de *La Gaceta del Consejo Nacional de Huelga*, también agregaban un elemento decisivo: la “Radio Rumor” (Taibo II, 2006: 45-67). Esa cadena de informaciones que se pasaba de boca en boca para aclarar, por ejemplo, que los daños en la puerta de la preparatoria no habían sido provocados por estudiantes, sino por un proyectil de guerra lanzado por el ejército, o para replicar que el muchacho no había muerto por culpa de un sándwich descompuesto, sino por la brutalidad de la represión policial.

Los movimientos estudiantiles utilizan diversos canales para comunicarse con

la población. Canales que, si el movimiento crece, se multiplican hasta impactar en las conversaciones que se dan hasta en el seno mismo de las familias. Es gracias a este trabajo, el cual muchas veces se ve favorecido por la difusión indirecta del movimiento que hacen los medios de comunicación comerciales, que se ponen en cuestión los significados tradicionales de ciertos conceptos, que se instalan/reposicionan otros significantes y que se hacen visibles problemas que hasta entonces ni siquiera habían sido reconocidos como tales.

Pero no todos los movimientos estudiantiles consiguen este triunfo cultural, algunos no logran alcanzar la magnitud que obliga a las autoridades a reconocer que existe un problema y, por lo mismo, no logran instalar la convicción de que hay más de un camino para abordarlo. Esto tiene que ver con varias razones, entre ellas, con que cuando los movimientos son pequeños tienden a ser invisibilizados, y con que cuando persisten, o crecen un poco más, sus participantes tienden a ser tachadas como personas flojas, desadaptadas o corruptas (Della Porta y Diani, 2015: 114). Es solo cuando los movimientos son masivos, es decir, inocultables, que pueden dejar atrás primero esa invisibilización y luego esa descalificación. Solo así logran abrir espacios de impugnación que dejan como saldo la certeza de que la población no está del todo conforme con el cómo se han venido haciendo las cosas en materia educacional y el entendimiento de que existen diferentes alternativas para encarar los asuntos que se denuncian (Altbach, 1989: 100-101).

¿Cuál es ese sentido común que impugnan los movimientos estudiantiles? Solo la historia puede entregar pistas para bosquejar esta respuesta. Por ejemplo, en el movimiento argentino de 1918, en una sociedad que se encontraba en un tránsito acelerado hacia la modernidad, se cuestionaban los dogmas religiosos presentes en la universidad por considerarlos factores de atraso para la vida universitaria (Marsiske, 2018; Moyano, 2010). En los movimientos estudiantiles de Brasil, México y Uruguay en 1968, en plena Guerra Fría, se cuestionaban los ribetes democráticos que se atribuían sus gobiernos nacionales al acusarlos de autoritarios e, inclusive, de dictaduras (Motta, 2014; Zermeño, 2010; Markarian, 2012). En los movimientos estudiantiles de Chile en 2011, de Colombia en ese mismo año o de México en 1999-2000, insertos como estaban en medio de ofensivas neoliberales, se refutaba la idea

de que la lógica de mercado fuera la mejor alternativa para resolver las dificultades educacionales y se defendía, en cambio, la noción de que el Estado debía mantener – o reforzar– su responsabilidad en la materia (Muñoz, 2011; Klemenčič, 2014).

Todas estas impugnaciones, aunque no lograron zanjar las discusiones en estos diferentes ámbitos, sí consiguieron instalarlas. Antes de los movimientos las autoridades obraban como si no existieran problemas o, caso los reconocían, como si no hubiera posiciones dignas de considerar más que las que ellas defendían. El estudiantado, por tanto, logró poner la nota disidente al quebrar el incómodo silencio que imperaba y consiguió, en el mismo proceso, dar cuenta de que eran muchas las personas que estaban en desacuerdo –lo que transformaba en una insensatez seguir operando como si esa disconformidad, esa diferencia, no existiera–.

Arte histórica: a modo de conclusión

Al momento de juzgar los logros de los movimientos estudiantiles la principal dificultad pareciera ser que el fenómeno, en sí, puede ser abordado desde diferentes entradas. En un plano personal, por ejemplo, un movimiento puede evaluarse como una amarga derrota si es que se sufrió en carne propia la dureza de la represión, o bien como una clara victoria si es que se obtuvo una conquista tangible en aspectos como, por ejemplo, los relativos al financiamiento universitario. En un plano colectivo, en tanto, puede leerse como un desastre profundo si es que el acento se pone en las heridas que dejó la represión, o bien como un logro rotundo si es que se advierte que pudieron salir a la luz problemas relevantes. Todos estos puntos de vista conviven con igual legitimidad. No hay un movimiento que se pueda evaluar en blanco o negro, es decir, como solo victorioso, o solo derrotado.

Toda persona que se ha involucrado en un movimiento estudiantil, si se propone evaluar su utilidad, puede percibir estas aparentes contradicciones. El papel de la historiografía, más aún de aquella que aspira a contribuir a que se conjuren los problemas que les dan origen, es lograr que esta complejidad percibida por quienes protagonizan un movimiento estudiantil pueda ser enriquecida con antecedentes obtenidos de la historia larga de este tipo de fenómenos. Es diferente, en este sentido,

demandar participación estudiantil en el gobierno universitario, como lo hizo el movimiento chileno de 2011, que hacerlo sabiendo que esa demanda fue central en los movimientos de México en 1971, de Brasil en 1962, de Uruguay en 1958 y de Argentina en 1918. Es distinto, igualmente, demandar gratuidad en la educación superior, como lo hizo también el movimiento chileno de 2011, que hacerlo sabiendo que desde el movimiento argentino de 1918 que el estudiantado movilizadado ha venido discutiendo fórmulas para conseguir que la juventud no se vea impedida de estudiar por no contar con suficientes recursos económicos. Lo que enseña la historia, por tanto, es que muchos de estos problemas han sido persistentes e insta, por lo mismo, a que toda persona que desee contribuir a conjurarlos considere el conjunto de antecedentes disponibles, también las propuestas o tratativas pasadas.

En conformidad, así como todo movimiento estudiantil se impone como misión visibilizar conflictos o problemas que hasta entonces no se han podido resolver por canales institucionales, la historiografía, y más aún aquella que se hace grandes preguntas de índole social, puede contribuir a visibilizar la comprensión de que ya son más de cien años de movimientos estudiantiles en América Latina y que ellos muchas veces han tenido banderas, horizontes y resultados similares (Dill y Aminzade, 2007; Markoff, 2015; Donoso, 2020).

Hay infinidad de maneras de recordar un movimiento social, así como existen varias maneras de narrar su historia (Jelin, 2018; Allier, 2016), pero recordar es diferente a entender. Por esto, quizás, es que en la práctica ha sido la sorpresa la que termina imperando cada vez que irrumpe una protesta estudiantil, así como ha sido el desaliento la reacción más usual cuando se sopesan sus trágicos desenlaces. La meta, por tanto, es valorar estas miradas personales o sociales, puntuales o integrales, al momento de encarar la historia de los movimientos estudiantiles, todas ellas son mejor que olvidar, pero el camino que aquí se ha seguido, el que se juzga más fecundo, es tratar de avanzar un paso más en dirección a lograr una comprensión profunda de los movimientos estudiantiles que ayude a que un día, ojalá cercano, este fenómeno social, con su legado ambivalente, sea una cosa del pasado. La vida de Exequiel y Diego no se puede devolver, tampoco la de ese grupo de jóvenes de Ayotzinapa que se dirigía a la capital a conmemorar otro 2 de octubre, ni la de José Domingo Gómez Rojas. Lo

que sí se puede hacer, lo que toda persona interesada en los aprendizajes que lega la historia se puede proponer, es estudiar estos movimientos sin perder de vista los grandes cuestionamientos que están en su base. Ahí residen algunas de las claves que hay que atender para que a mediano plazo se puedan desactivar esas tensiones que, de tanto en tanto, sacuden a las sociedades latinoamericanas. A ese desafío se espera haber contribuido.

Bibliografía

Acevedo, Á. (2020): *Memorias de una época: el movimiento estudiantil en Colombia en los años sesenta y setenta del siglo XX*. Bucaramanga, Ediciones Universidad Industrial de Santander.

Allier, E. (2016): “Memory and History of Mexico ’68”, *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 102, pp. 7-25.

Almeida, P. (2019): *Social Movements*. Oakland, University of California Press.

Altbach, P. (1989): “Perspectives on Student Political Activism”, *Comparative Education*, 25 (1), pp. 97-110. <https://doi.org/10.1080/0305006890250110>

Atria, F. (2014): *Derechos sociales y educación*. Santiago, Lom.

Bacallao-Pino, L. (2018): “What Power? Social Representations of ICTs’ Appropriation for Community Empowerment in Latin American Social Movements”, *Semiotica*, 223, pp. 177-197. <https://doi.org/10.1515/sem-2017-0013>

Biagini, H. (2006): “Redes estudiantiles en el Cono Sur (1900-1925)”, en R. Marsiske, ed., *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina III*. Ciudad de México, Centro de Estudios sobre la Universidad de la Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 81-103.

Braudel, F. (2002): *Las ambiciones de la historia*. Barcelona, Crítica.

Bringel, B. (2009): “O futuro anterior: continuidades e rupturas nos movimentos estudantis do Brasil”, *Eccos*, 11 (1), pp. 97-121.

Buchbinder, P. (2010 [2005]): *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires, Sudamericana.

Bülow, M.V. (2018): “The Survival of Leaders and Organizations in the digital Age: Lessons from the Chilean Student Movement”, *Mobilization: An International Journal*, 23 (1), pp. 45-64. <https://doi.org/10.17813/1086-671X-23-1-45>

Burke, P. (2000). *Historia y teoría social*. Ciudad de México, Instituto Mora.

Cabalin, C. (2014): “Online and Mobilized Students: The Use of Facebook in the Chilean Student Protests”, *Comunicar*, 22 (43): pp.25-33. <https://doi.org/10.3916/C43-2014-02>

Calhoun, C. (2012): *The roots of radicalism: tradition, the public sphere, and early nineteenth-century social movements*. Chicago, University of Chicago Press.

Cejudo, D. (2019): “Para analizar los movimientos estudiantiles”, *Conjeturas Sociológicas*, 20 (7), pp. 134-153.

Del Castillo Troncoso, A. (2012): *Ensayo sobre el movimiento estudiantil de 1968: la fotografía y la construcción de un imaginario*. Ciudad de México, Instituto Mora / Universidad Nacional Autónoma de México.

Della Porta, D. y M. Diani (2015 [2006]): *Los movimientos sociales*. Madrid, Universidad Complutense.

Della Porta, D. y M. Keating (2013): *Enfoques y metodologías de las ciencias sociales: una perspectiva pluralista*. Madrid, Akal.

Díaz Escoto, A. S. (2012): *¡Únete pueblo! El discurso político en los impresos sueltos del movimiento estudiantil de 1968*. Tesis Maestría inédita, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México.

Dill, B. y R. Aminzade (2007): “Historian and the Study of Protest”, en B. Klandermans y C. Roggeband, eds., *Handbook of Social Movements Across Disciplines*. Nueva York, Springer, pp. 267-311.

Dip, N. (2023): *Movimientos estudiantiles en América Latina. Interrogantes para su historia, presente y futuro*. Buenos Aires, Consejo Latino Americano de Ciencias Sociales/Instituto de Estudios de Capacitación.

Disi Pavlic, R. (2019): “Policies, Parties, and Protest: Explaining Student Protest Events in Latin America”, *Social Movement Studies*, 19 (2), pp. 183-200.

Donoso Romo, A. (2020): “Movimientos estudiantiles en América Latina (1918-2011): aproximación historiográfica a sus rasgos compartidos”, *Revista Brasileira de História*, 40 (83), pp. 235-258. <https://doi.org/10.1590/1806-93472020v40n83-11>

Donoso Romo, A. (2023): “La mirada social presente en los movimientos estudiantiles latinoamericanos: ensayo de aproximación socio-histórica”, *Ayer: Revista de Historia Contemporánea*, 129 (1), pp. 327-342. <https://doi.org/10.55509/ayer/1233>

Fernández Retamar, R. (2006): *Pensamiento de Nuestra América*. Buenos Aires, CLACSO.

Garcé, A. y Milanesi, A. (2021): “Contextos ideacionales y redes de activistas en procesos de difusión institucional: el caso de la reforma universitaria de 1918”, *Estudios Ibero-Americanos*, 47 (2), pp. 1-15. <https://doi.org/10.15448/1980-864X.2021.2.37375>

Gentili, P. (2008): “Una vergüenza menos, una libertad más: la reforma universitaria en clave de futuro”, en E. Sader, P. Gentili y H. Aboites, eds., *La reforma universitaria: desafíos y perspectivas noventa años después*. Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 36-50.

Gill, J. y J. DeFronzo (2009): “A Comparative Framework for the Analysis of International Student Movements”, *Social Movement Studies*, 8 (3), pp. 203-224. <https://doi.org/10.1080/14742830903024309>

Girard, R. (1983 [1972]): *La violencia y lo sagrado*. Barcelona, Anagrama.

González Casanova, P. (1985): *Imperialismo y liberación: una introducción a la historia contemporánea de América Latina*. Ciudad de México, Siglo XXI.

González Vaillant, G. y M. Schwartz (2019): “Student Movement and the Power of Disruption”, *Partecipazione e Conflitto*, 12 (1), pp. 112-141.

Groppo, L. A. (2005): *Uma onda mundial de revoltas: movimentos estudantis de 1968*. Piracicaba, Editora Unimep.

Jelin, E. (2018): *La lucha por el pasado: cómo construimos la memoria social*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Klemenčič, M. (2014): “Student Power in a Global Perspective and Contemporary Trends in Student Organising”, *Studies in Higher Education*, 39 (3), pp. 396-411. <https://doi.org/10.1080/03075079.2014.896177>

Markarian, V. (2012): *El 68 uruguayo: el movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

Markarian, V. (2020): *Universidad, revolución y dólares: dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en el Uruguay de los sesenta*. Montevideo, Debate.

Markoff, J. (2015): “Historical Analysis and Social Movements Research”, en D. Della Porta y M. Diani, eds., *The Oxford Handbook of Social Movements*. Oxford, Oxford University Press, pp. 68-85.

Marsiske, R. (2018): “La juventud desinteresada y pura: el movimiento estudiantil en la Universidad de Córdoba, Argentina, 1918”, *Perfiles Educativos*, XL (161), pp. 196-214. <https://doi.org/10.22201/iisue.24486167e.2018.161.59079>

Martins Filho, J.R. (1987): *Movimento estudantil e ditadura militar, 1964-1968*. Campinas, Papirus.

Mayol, A. (2012): *No al lucro: de la crisis del modelo a la nueva era política*. Santiago: Random House Mondadori.

Melucci, A. (1999): *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. Ciudad de México, El Colegio de México.

Menegozzo, C. H. (2017): *Juventude e política: ensaios e entrevistas*. San Pablo, Outras Expressões.

Moraga, F. (2007): “*Muchachos casi silvestres*”: *la Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno, 1906-1936*. Santiago, Ediciones Universidad de Chile.

Motta, R. P. S. (2014): *As universidades e o regime militar*. Rio de Janeiro, Zahar.

Moyano, J. (2010): “Las movilizaciones estudiantiles en Córdoba durante el siglo XX”, en S. Roitenburd y J. P. Abrate, eds., *Historia de la educación en la Argentina*. Córdoba, Editorial Brujas, pp. 287-295.

Muñoz Tamayo, V. (2011): *Generaciones: juventud universitaria e izquierdas políticas en Chile y México (Universidad de Chile – UNAM 1984-2006)*. Santiago, Lom.

OCDE y BM (2009): *Revisión de políticas nacionales de educación: la educación superior en Chile*. Santiago, OCDE/BIRD/BM.

Ordorika, I. (2022): “Student Movements and Politics in Latin America”, *Higher Education*, 83, pp. 297-315. <https://doi.org/10.1007/s10734-020-00656-6>

Ortiz, D. (2017): “Represión estatal y movilización en América Latina”, en P. Almeida y A. Cordero, eds., *Movimientos sociales en América Latina*. Buenos Aires, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pp. 81-112.

Pensado, J. (2013): *Rebel Mexico: Student Unrest and Authoritarian Political Culture during the Long Sixties*. Stanford, Stanford University Press.

Portantiero, J. C. (1987 [1978]): *Estudiantes y política en América Latina*. Ciudad de México, Siglo XXI editores.

Reina, C. (2020): “¿Juvenicidio o represión estatal? Movimientos estudiantiles en América Latina en el siglo XX”, *Jóvenes: revista de estudios sobre juventud*, 35 (2), pp. 253-261.

Reis, Daniel A. (2014): *Ditadura e democracia no Brasil*. Rio de Janeiro, Zahar.

Ribeiro do Valle, M. (2010 [1999]): *1968 o diálogo é a violência: movimento estudantil e ditadura militar no Brasil*. Campinas, Editora Unicamp.

Rivas Ontiveros, J. R. (2007): *La izquierda estudiantil en la UNAM: organizaciones, movilizaciones y liderazgos (1958-1972)*. Ciudad de México, Editorial Porrúa/Universidad Nacional Autónoma de México.

Rojo, G. (2014): *Los gajos del oficio: ensayos, entrevistas y memorias*. Santiago, Lom.

Sánchez Parra, S. A. (2012): *Estudiantes en armas: una historia política y cultural del movimiento estudiantil de los “enfermos” (1972-1978)*. Guadalajara, Universidad Autónoma de Sinaloa.

Skidmore, T. y P. Smith (1996 [1984]): *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid, Crítica.

Taibo II, P. I. (2006 [1991]): *68*. Madrid, Traficantes de Sueños.

Tarrow, S. (1997 [1994]): *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid, Alianza.

Tilly, C. y S. Tarrow (2015): *Contentious Politics*. Nueva York, Oxford University Press.

Vallejo, C. (2012): *Podemos cambiar el mundo*. Santiago, Ocean Sur.

Zermeño, S. (2010): *México una democracia utópica: el movimiento estudiantil del 68*. Ciudad de México, Siglo XXI editores.

Fecha de recepción: 10 de febrero de 2024

Fecha de aceptación: 9 de mayo de 2024